

CRONICA CIUDADANA

Recuerdo a Neruda, presencia de Alberti

El reloj de la Plaza de las Arenas se había encallado, furtivamente, a las cinco menos cuatro minutos de una tarde o de una madrugada, acaso de aquel 23 de septiembre de 1973, brumoso y pardo de la muerte del poeta.

Hacia frío. Las gradas de la plaza estaban llenas. El ruedo estaba lleno. Las banderas envolvían el coso: barras rojas, estrellas de cinco puntas, franjas azules y blancas, medias lunas, bicruces... y una cierta incontestable ausencia, la de Neruda, inmóvil en la tarima alzada, retrato en blanco y negro, recordado.

«Rafael... / Dame esa copa, hermano, y escucha: estoy rodeado / de mi América húmeda y torrencial, a veces / pierdo el silencio, pierdo la corola nocturna / y me rodea el odio, tal vez nada, el vacío / de un vacío, el crepúsculo / de un perro, de una rana / y entonces siento que tanta tierra mía nos separe / y quiero irme a tu casa en que, yo sé, me esperas, / sólo para ser buenos como sólo nosotros / podemos serlo. No debemos nada. / Y a ti sí te debes, y es una patria: espera.»

Salía Rafael Alberti de entre los aplausos, tocado en el alma. Anduvo con cierto nervioso gesto hacia los micrófonos. Chaqueta de pana negra, pantalón de crucigrama, largo cabello blanco sobre la nuca. Se adelantó diciendo:

Catalanes y españoles de otros pueblos de la Península. Me siento orgulloso de estar aquí...

Se habían encendido quince mil velas en aquel circular almario. Volaban gritos de amnistía y libertad.

Alberti contemplaba, callaba y asentía. Continuaba:

Aquí conocí aquel gran hombre, Lluís Companys, que murió con la misma heroicidad de Salvador Allende...

Siguió con un ácido verbo acerca de Pinochet, discurrían los versos acerados, escritos en un cuaderno escolar, de aquellos de espiral en los que solíamos hacer, de párvulos, nuestras mejores letras. Acabó lanzando al aire el epitafio de los que en Chile ejercen la represión:

No dormiréis, malvados de la espada. No dormiréis jamás porque estáis ya muertos.

Atronó el griterío: «el pueblo unido jamás será vencido». Antes había hablado Josep Benet, fundador de la Lliga dels Drets dels Pobles, promotor de la Asamblea de Catalunya, historiador, político, independiente...

Venimos a promover la solidaridad de todos los pueblos del Estado es-

pañol con los pueblos que sufren la represión y la dictadura en América Latina... Venimos a recabar la solidaridad con los compañeros de Chile, de Argentina, de todo el continente latinoamericano, que están aquí, entre nosotros, exiliados. Venimos para evocar a Pablo Neruda, el hombre que estuvo a nuestro lado en aquellos días amargos de aquella guerra nuestra...

El parlamento de Josep Benet fue largo y en ocasiones dramático. Elevó su voz al referirse al pueblo de Euzkadi y a los últimos acontecimientos que han paralizado al País Vasco. Alguien interrumpió de pronto para comunicar a los quince millares de asistentes la irreparable pérdida de otra vida. La plaza se puso en pie y guardamos un minuto de silencio.

El cantante Joan Isaac rompió con ingenuidad la enmudecida niebla. Le sucedió Quico Pi de la Serra; campechano y astuto se llevó los mejores aplausos. El telón de fondo, blanco lienzo, se fue poblando de imágenes. Los artistas plásticos de Chile, «Brigada Pablo Neruda», pintaron un mural: silueta de Neruda, bandera chilena, el pueblo apiñado, y una paloma que intentaba, con esfuerzo, romper a volar. Sonaban las voces del grupo Aparcoa, interpretando aquel soberbio «Canto General», su testamento.

«Dejo a los sindicatos / del cobre, del carbón y del salitre / mi casa junto al mar de Isla Negra. / Quiero que allí reposen los maltratados hijos / de mi patria, saqueada por hachas y traidores / desbaratada en su sagrada sangre, / consumida en volcánicos harapos. / Quiero que al limpio amor que recorriera / mi dominio, descansen los cansados, / se sienten a mi mesa los oscuros. / duerman sobre mi cama los heridos.» / ... /

Luego fueron las letras de Víctor Jara y Violeta Parra, en boca y música del grupo Inti Illimani, las que levantaron, otra vez, las quince mil voces allí congregadas: Amnistía total, Llibertat, Estatut...

Miembros de Agermanament leyeron tres adhesiones al acto, sólo tres de entre las muchas recibidas: la de los encerrados por la Amnistía en la iglesia de Sant Miquel del Port, la de un grupo de aviadores de la República, y la de los familiares del preso Josep Lluís Pons Llobet.

Desfiló el público cuando habían caído ya algunas horas de la madrugada. El reloj de Las Arenas siguió encallado en su empecinamiento. Hacia frío. Las escalinatas se empedraron de octavillas. Destacaban algunas letras quince mil veces repetidas: «Lliga dels Drets dels Pobles».

Recuerdo a Neruda. Presencia de Alberti. Solidarios. — Ferran MONEGAL.



Alberti, diestra levantada y franca, evocando su amistad entrañable con Pablo Neruda, en el acto de homenaje al poeta en la plaza de las Arenas. (Foto Pérez de Rozas)